

ABRIL CAMINO

Parker y Amy:
el pasado presente



Abril Camino

Parker y Amy:
el pasado presente

© Abril Camino

1ª edición, agosto 2015

ISBN:

Imagen de cubierta: Eleazar (Flickr). *Licencia Creative Commons.*

Diseño de cubierta: Abril Camino

*A Lore, Pati, Alba, Helen, Leti y Genma,
por ser el manguito que me mantiene a flote.*

I want to wake up in a city that never sleeps.

Frank Sinatra.

Nueva York de cieno,

Nueva York de alambres y de muerte.

¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?

¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?

¿Quién el sueño terrible de tus anémonas manchadas?

Poeta en Nueva York. Federico García Lorca.

But I was Manhattanese, friendly and proud!

Crossing Brooklyn Ferry. Walt Whitman.

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

I

Amy Morgan salió aquella mañana de la estación de metro de la Universidad de Columbia repitiéndose como un mantra los tres propósitos que se había hecho durante todo el verano. Había pasado la noche en vela, manteniendo una lucha encarnizada con las sábanas de su cama y pensando en esos tres objetivos para su primer año de universidad: llegar siempre puntual, pasar lo más desapercibida posible y mantenerse alejada de los chicos. Necesitó solo una urgencia de última hora en el trabajo y una inoportuna avería en de su tarjeta de transporte para dar al traste con el primero de ellos. Faltaban cuatro minutos para las diez, la hora de su debut como estudiante universitaria, y todavía tenía que atravesar la mitad del campus, localizar el aula y hacer una entrada, sino puntual, al menos digna. Se juró, una vez más, que ese propósito sería el único al que renunciaría.

||

Parker Sullivan no se había levantado antes de las once de la mañana desde el día de su último examen el curso anterior. Llevaba más de cuatro meses con la misma rutina: cervezas a media tarde, whisky hacia la noche, rubias de bote de madrugada y resaca por la mañana. Casi le apetecía empezar de nuevo las clases. Casi. En aquel momento, en realidad, lo único que quería era otro *Tylenol* que se llevara el dolor de cabeza que le estaban proporcionando los tequilas con los que sus compañeros habían decidido celebrar el regreso al campus, y que habían sentenciado su puntualidad en aquella primera mañana del curso.

||

Amy Morgan y Parker Sullivan se miraron a los ojos cuando sus manos coincidieron sobre la manilla de la puerta del aula en la que se impartía la

asignatura de Filosofía del Derecho. Alguien más romántico que ellos habría dicho que saltaron chispas con el contacto de sus dedos. Alguien más científico les habría explicado que había sido producto de las prendas de poliéster, la baja humedad relativa y la propia superficie metálica de la manilla. En realidad, el motivo no era tan importante como la consecuencia, que no fue otra que una entrada triunfal en el aula, exclamando un «¡Joder!» simultáneo y llamando la atención de profesor y compañeros por igual. Por si los diecisiete minutos de retraso no lo habían hecho lo suficiente.

||

—Bienvenidos a mi humilde clase, señores. O a lo que resta de ella. Me parece que ya tenemos candidatos a ese proyecto que ninguno de ustedes quería —dijo el profesor, dirigiéndose al resto de alumnos. Algunos sonrieron, otros murmuraron, pero todos, sin excepción, respiraron aliviados—. «¿Nuestros derechos como ciudadanos están supeditados a nuestra capacidad financiera?». Mínimo cincuenta folios, máximo setenta y cinco. Mecanografiados a doble espacio. Si la calificación supera el notable, no tendrán que examinarse a fin de curso. Fecha límite de entrega, tras las vacaciones de primavera. A diferencia de los trabajos asignados a sus compañeros, no será necesario introducir un apartado dedicado a la bibliografía. No quiero ver en ese trabajo nada que puedan encontrar en una biblioteca. Espero que sus mentes trabajen con mayor eficacia que sus despertadores.

Amy y Parker se dejaron caer en los dos asientos más cercanos que encontraron libres, mientras escuchaban atónitos las instrucciones del catedrático. Dos asientos que a ambos les pareció que estaban muy, pero que *muy*, pegados. Parker mostró indiferencia durante el resto de la clase. Se limitó a repasar con la mirada, sin ningún disimulo, a la *pija de manual* que la impuntualidad le había regalado como compañera de proyecto. Amy, en cambio, no logró deshacerse del rubor que había expropiado sus mejillas con la reprimenda del profesor. Y habría jurado ante cualquiera que no tenía nada que ver con el escrutinio implacable al que el *macarra tatuado* que le había tocado en suerte como vecino de pupitre la estaba sometiendo. En tiempo récord, había quedado también atrás otro de sus grandes propósitos para la nueva vida universitaria: pasar desapercibida.

II

—¡No puedes estar diciendo en serio que los pobres se han buscado su situación! —gritó Parker, indignado. Era la cuarta vez que se reunían para trabajar en el infernal proyecto que les habían asignado, y todavía no habían escrito ni una sola línea.

—¡No he dicho eso, Parker! Deja de poner en mi boca cosas que no opino. Solo digo que no se puede presuponer que los ricos vayan a corromper la justicia por el simple hecho de tener una situación económica privilegiada.

—Una situación económica privilegiada con la que pueden contratar a los mejores abogados y, si nos ponemos en lo peor, incluso comprar a algún juez. —Quizá el proyecto lograrse arrancar si toda la sangre de Parker no abandonara su cerebro con destino sur cada vez que Amy y él iniciaban una de sus habituales batallas dialécticas. Odiaba que fuese así, pero aquella chica se le colaba en el pensamiento con más asiduidad de la necesaria. Ella, sus sempiternas sudaderas de GAP, sus ojos azules y su aspecto de inocente niña de clase alta.

—¿Podemos dejarlo por hoy? Está claro que no vamos a llegar a ningún acuerdo —propuso Amy, frotándose los ojos con ansia. Eran más de las seis de la tarde, y su jornada había comenzado catorce horas antes.

—Por mí, perfecto. Pero en algún momento deberíamos ponernos de acuerdo en algo o jamás aprobaremos la asignatura.

—¿Nos vemos el viernes en la biblioteca? —preguntó Amy.

—¿No podemos quedar en otro sitio? Vas a acabar gritándome, como siempre, y acabarán prohibiéndonos la entrada —bromeó él.

—¡Yo no te grito! Solo definiendo mis posiciones con vehemencia. ¿Quedamos en la cafetería, entonces? —propuso ella, sonriendo. De forma casi inmediata, retiró el gesto. Tenía que cumplir, al menos, su tercer propósito: mantenerse alejada de los hombres. Sería todo mucho más sencillo si le gustaran un poco menos los *chicos malos*, sobre todo aquel, con sus profundos ojos verdes, sus hoyuelos ligeramente asimétricos y el aro en su

labio inferior, que deslizaba entre los dientes cuando ella lo exasperaba. Tenía que quitárselo de la cabeza. Le recordaba demasiado a un pasado que quería olvidar, que *tenía* que olvidar. Que no se podía repetir.

III

Aún no había comenzado noviembre, pero Nueva York ya mostraba su cara más gélida de forma implacable. Amy se refugiaba de la persistente ventisca bajo capas y capas de ropa polar. Solo su mano izquierda permanecía congelada mientras apuraba las últimas caladas de un cigarrillo. Por mucho esfuerzo que hubiera realizado por dejar atrás cualquier vestigio de su alocada adolescencia, el tabaco siempre acababa resistiendo la purga. Entornó los ojos, tratando de dilucidar qué le resultaba familiar de la silueta que, tras salir del edificio de *Beta Theta Pi*, cruzaba la calle hacia ella. Estaba demasiado cerca cuando comprendió que era Parker y que ya no tenía sentido ocultarse de él.

—De todas las personas del mundo que me podía imaginar que fumaran, Amy Morgan, tú eras la última de la lista. —Le sonrió con franqueza. Sus pullas habían recorrido un largo camino desde la inicial intención de molestarla hasta el inocente flirteo actual.

—De todas las personas del mundo que me podía imaginar viviendo en la fraternidad más pija de Columbia, Parker Sullivan, tú eras el último de la lista. —Amy le siguió el juego.

—Quizá siendo un pijo consiga que aceptes salir a cenar conmigo algún día. —Ya estaba dicho. Parker llevaba semanas buscando una situación que le diera el pie para pedirle una cita, y esa podía ser tan mala como cualquier otra. Hacía tiempo que quería meterse bajo las bragas de aquella chica, y pretendía conseguirlo antes de que su jodido subconsciente siguiera insistiendo en que era algo más que interés sexual lo que sentía por ella.

—Me voy a clase —zanjó Amy con premura. Tenía que escapar de aquella conversación o no encontraría fuerzas para huir de lo realmente aterrador: lo difícil que le empezaba a resultar resistirse a aquel macarra reconvertido en miembro de fraternidad.

—Eh, eh, perdona... —dijo Parker, saliendo tras ella. La cogió de la muñeca con suavidad, y ella se giró hacia él—. No quería molestarte.

—Déjame, Parker. Además, te estás saltando la prohibición de fumar — replicó ella, en cuanto cruzaron los límites del campus.

—Pues quédate conmigo. Es aburrido fumar solo en una acera.

—No me queda tabaco.

—Yo te invito.

||

A Parker le costó veintitrés días y dos paquetes y medio de *Marlboro Red* derribar las barreras que Amy llevaba cuatro años levantando. Acababan de regresar del fin de semana de Acción de Gracias cuando ella, al fin, aceptó ir a cenar con él.

Parker eligió un restaurante anodino. Todas sus discusiones académicas estaban presididas por las palabras *rico* y *pobre*, y las pocas conversaciones personales que habían tenido, por las menos diplomáticas *pija* y *macarra*. La elección del restaurante no era un asunto menor.

||

—¿Podemos no hablar del maldito proyecto por una vez? —le preguntó Parker cuando comenzaban el segundo plato. Hacía dos meses que se veía con Amy casi a diario, y no sabía absolutamente nada de su vida. A él nunca le había gustado hablar demasiado de su vida privada, pero algo en su cabeza le hacía desear saber más sobre aquella chica misteriosa.

—¿Y de qué quieres que hablemos?

—Vamos, Amy... ¿En serio crees que no tenemos nada de que charlar que no sean temas de clase?

—No lo sé. —Ella se ruborizó.

—Por Dios santo, ni siquiera sé de dónde eres.

—Soy de aquí, de Nueva York. Una neoyorkina auténtica. —Ella sonrió e hizo el signo de la victoria con los dedos.

—¿Vives con tu familia, entonces? ¡No tenía ni idea!

—Sí. Con mi madre y con mi hermana.

—Una auténtica chica del Upper East Side^[1], ¿me equivoco?

—Bastante. Te equivocas bastante, Parker. —Amy se puso seria—. Parece que siempre te equivocas a la hora de juzgarme. Vivo en Harlem^[2],

en realidad.

—¡No te enfades! —Sonrió él. Y, a continuación, se puso serio—. Tienes razón. Me paso la vida luchando contra los prejuicios y he sido el primero en caer en ellos. ¿Has vivido siempre en Harlem?

—Sí. Mi madre me tuvo muy joven, y, bueno, mi padre se desentendió de todo cuando yo nací. Lo único que tengo de él es su apellido. —La lengua de Amy parecía confiar en Parker más que su prudencia en ocultar durante años aquellos datos de su biografía que prefería que nadie conociera—. Cuando yo era muy pequeña, mi madre se casó con otro hombre. Es lo más parecido a un padre que tuve. Él vivía en Harlem, y así es como acabamos allí. Murió hace unos años, pero nosotras ya nunca llegamos a marcharnos. Allí está nuestro hogar, supongo. Y, dime, ¿qué pintas tú viviendo en *Beta Theta Pi*?

—Tradición familiar. Mi padre y mis tres hermanos fueron miembros. Toda mi familia ha estudiado en Columbia.

—Ah...

—Pensabas que me había escapado de un parque de remolques y que estaría en Columbia por algún tipo de beca social, ¿no? Por los tatuajes, el piercing y todo eso...

—¿Por qué tengo la sensación de que toda nuestra relación está corrompida por un montón de prejuicios estéticos?

—Eso suena como el inicio de un debate.

IV

Parker y Amy convirtieron en tradición ir a cenar juntos todos los jueves. Al cigarrillo de las mañanas, se unió uno después de comer y otro al final de las clases de la tarde. Al contrario que Amy, Parker no tenía ninguna intención de dejar de fumar. Hacía años que sabía que el tabaco le gustaba casi tanto como el whisky, los tatuajes y las mujeres, y no tenía intención de pedir perdón por ello. Mucho menos ahora que esos cigarrillos se habían convertido en la coartada para verla con un horario pautado. Seguían quedando, además, varios días a la semana para avanzar —al fin— en el trabajo que los había unido. En resumen, se veían todos los días lectivos y dedicaban más tiempo del que estaban dispuestos a reconocer a buscar excusas para quedar también los fines de semana.

Todos sus conocidos de la facultad daban por hecho que eran pareja, y ellos no se molestaban en negarlo. Aunque nunca, ni una sola vez, se había producido un acercamiento físico entre ellos. En varias ocasiones, se habían visto inmersos en la nebulosa previa a ese beso que nunca llegaba, pero ambos tenían la sensación de que les quedaba mucho por saber al uno del otro antes de dar el paso. A Parker le resultaba extraña la sensación de comodidad con la que contaba detalles de su vida. A Amy, sentir eso mismo le parecía, simplemente, insólito. Y peligroso.

||

—¿Tu familia es rica, Parker? —Habría mandado a la mierda a cualquier otro que le hiciera esa pregunta de forma tan directa, pero le encantaba ver que Amy al fin se había soltado cuando estaban juntos. Estaban pasando la tarde en su habitación de la fraternidad, tras acabar el último examen de invierno. Amy era la primera chica en tres años que entraba allí y permanecía vestida.

—Podría decirse que sí.

—¿Y por qué eres tan vehemente contra los ricos en nuestros debates?

—Porque sé de primera mano la mierda que se puede comprar con dinero. —La mirada de Parker, que a Amy hacía tiempo que le parecía que lo iluminaba todo, se ensombreció al decirlo.

—Pareces tener una historia que contar.

—La tengo. Mi hermano tuvo un accidente cuando tenía dieciséis años. Atropelló a una chica, y ella estuvo a punto de morir. —Parker respiró hondo, apuró un trago de *Jack Daniel's* y se tomó unos segundos antes de seguir relatando su historia—. Acababa de sacarse el carnet de conducir y había estado bebiendo y fumando hierba. Ni siquiera la vio cuando ella cruzaba el paso de peatones.

—¿Qué ocurrió?

—Nada. No ocurrió nada. Mi padre es uno de los abogados más influyentes de Arizona. Movié hilos, y él se libró de toda responsabilidad. Se le pagó muchísimo dinero a la chica, claro. Pero mi hermano tenía que ir a la cárcel y no fue.

—Creo que si me hubieras contado esto el día que empezamos con el trabajo, habría entendido muchas cosas.

—No me gusta hablar de ello. Nunca lo hago.

—¿Y por qué lo has hecho hoy?

—Porque sí. Y porque también quiero que tú me cuentes a mí las cosas de las que no te gusta hablar.

—¿Qué te hace pensar que yo tengo algo que contar? —respondió ella, en un movimiento defensivo que fue obvio para ambos.

—Pues, por ejemplo, que has empezado la universidad a los veinte, cuando es evidente que eres una estudiante brillante; o que quieres dar esa imagen de chica inocente que, me parece, no se corresponde demasiado con la realidad.

—¿Por qué dices eso? —Amy se asustó. Él parecía leer en su interior, y ella acababa de ser consciente de cuánto le importaba su opinión.

—Porque las chicas inocentes no se congelan en pleno invierno para escaparse a fumar. Ni llegan a clase a primera hora de la mañana con aspecto de llevar horas levantadas. Ni esconden con maquillaje la cicatriz de un *piercing* en la ceja. —Parker vio a Amy abrir los ojos como platos y supo que había acertado punto por punto.

—Tuve una adolescencia un poco alocada. *Muy* alocada. Sí, tuve un

piercing en la ceja, y no era el único. Me gustaba salir, los chicos tatuados y el *Jack Daniel's*. ¡Joder! —exclamó, haciendo a Parker dar un respingo, mientras cogía el vaso de él y lo vaciaba de un trago—, el *Jack Daniel's* todavía me gusta. No fue fácil ser la única chica blanca de mi escuela primaria o la única rubia de toda la manzana. Si para encajar tenía que ser la más rebelde del vecindario, no dudaba en comportarme así.

—¿Por eso perdiste dos años en el instituto?

—No. Mi madre me envió un año a vivir a un rancho con unos parientes para alejarme de la gente con la que me relacionaba. Al regresar, terminé el instituto con buenas notas y conseguí una beca para estudiar aquí. Tuve que trabajar todo el año pasado para complementar la beca. Sigo haciéndolo, a media jornada, para poder permitirme los libros. Hago el turno de cuatro y media a ocho y media en un McDonald's veinticuatro horas. Por eso llego a clase agotada la mayoría de los días. ¿Respondo con eso a todas tus dudas?

—Amy...

—No, no. Por favor, Parker, no quiero tu compasión. Soy más afortunada que cualquiera de las chicas con las que me crie. Yo, al menos, he sabido salir de aquel ambiente.

—¿Por eso te mantenías alejada de mí al principio? ¿Por los tatuajes y todo eso?

—¿Por qué te los hiciste? No tiene pinta de que a tu familia le guste mucho tu *look* —contraatacó ella, evitando su pregunta.

—Es solo algo estético. Quizá al principio, no. Me hice el primero a los diecisiete, supongo que por rebelarme contra el aspecto tan jodidamente WASP[3] de mis hermanos. Ahora, no sé, solo... me gustan.

—Así que es una simple cuestión estética.

—Sí. Como que tú escondas tus orígenes tras toda esa ropa pija.

—Sigues cargado de prejuicios, Parker. No escondo nada. Mi madre es empleada de limpieza en una tienda GAP. Para ser tan observador, no pareces haberte dado cuenta de que mi ropa siempre tiene alguna tara. La consigue casi gratis, y eso es lo único que podemos permitirnos.

—Lo... lo siento mucho, Amy. Joder. Siempre estoy metiendo la pata contigo.

—No te preocupes, me he acostumbrado a ti y a tus prejuicios. —Se burló ella, señalándose la sudadera—. Por si el pelo rubio y los ojos azules destacaran poco en mi barrio, tengo que ir siempre vestida como una

animadora de instituto de clase alta.

—¿Quieres más whisky? —le preguntó Parker, cambiando de tema. Ella asintió, y él sirvió dos vasos bastante cargados. Cogió aire y se atrevió a hacer la pregunta que llevaba semanas rondándole la mente—. ¿Qué está pasando entre nosotros, Amy?

—¿A... a qué te refieres? —Amy recordó en ese instante lo poquísimo que sabía sobre cómo relacionarse con los hombres. Al menos, sobre cómo hacerlo de una manera sana.

—No te hagas la tonta. Tienes que haber notado que aquí —señaló el espacio entre los dos— hay algo.

—Lo hay —respondió ella, con los ojos fijos en sus zapatos.

—Mírame —le pidió Parker, tomándola con suavidad por el mentón. Le elevó la cara hasta que sus miradas se enfrentaron—. Tengo la sensación de que si no te beso ahora mismo, me pasará una larga temporada arrepintiéndome.

Amy no supo responder con palabras. Lo hizo con una clarificadora mirada a la boca de él. Cuando sus labios se encontraron, los dos sintieron que no podrían dejar de besarse ni aunque la fraternidad se incendiara en aquel preciso instante. Alternaron caricias con la lengua con dientes chocando; ella se perdió en el frío *piercing* de él hasta que a ambos les dio la sensación de que el metal se había puesto al rojo vivo; respiraron cada uno el oxígeno del otro porque el suyo propio no les parecía suficiente para seguir vivos. Dieron igual las confesiones, las diferencias, los prejuicios y la estética. Amy y Parker se habían encontrado al fin.

V

Cuando Parker volvió a Nueva York tras las vacaciones de Navidad, ambos eran ya conscientes de que estaban metidos en un buen lío. Un lío que incluía la palabra *amor* en letras de neón y purpurina.

Parker se dio cuenta en la fiesta de Nochevieja, a la que su hermano Preston tuvo que arrastrarlo, cuando su exnovia del instituto –y polvo recurrente en sus regresos a casa por vacaciones– le ofreció todo tipo de *facilidades*, y él las rechazó.

Amy no necesitó que nadie le abriera los ojos. Las guardias de veinticuatro horas frente a la pantalla de su teléfono móvil, esperando las llamadas de Parker, le dieron una idea bastante precisa de hasta qué punto se había enamorado de él.

Apenas una hora después de bajar del avión y de correr por la terminal como si lo estuviera persiguiendo un coyote, Parker salía al porche de la casa de su fraternidad a recibir a Amy. Los pocos *hermanos* que, como él, habían adelantado el final de sus vacaciones presenciaron una demostración de afecto quizá algo exagerada para los apenas diez días que habían pasado separados. Amy enlazó sus manos en la nuca de Parker y las piernas alrededor de su cintura. Él la condujo hasta su dormitorio con las manos agarradas con firmeza a la parte baja de sus nalgas.

—Me había olvidado de lo preciosa que eres. —Parker logró colar su frase en uno de los escasos momentos en que se separaron para respirar.

—Tú tampoco estás mal —le respondió Amy, repasando con los dedos los tatuajes de sus brazos.

—Te he echado un poco de menos. —Sonrió él, acariciando su cintura. Sintió como a ella se le ponía la carne de gallina.

—Yo a ti también. Bastante.

—Pues ya estoy aquí. Y soy todo tuyo, pequeña.

—¿Puedo preguntarte algo? —Él asintió, y ella se armó de valor para hacer la pregunta de la que no tenía muy claro si quería conocer la respuesta

—. ¿Has estado con alguien estas vacaciones?

—Amy, ¿qué clase de pregunta es esa? —Parker la miró, con gesto serio

—. Yo no soy así. Si tengo novia, no hago cabronadas.

—¿Soy... soy tu novia? —A Amy se le abrieron los ojos como platos.

—¿Y qué creías que eras, tonta? —le respondió él, sonriéndole con ternura y pasándole un nudillo con suavidad por la mejilla.

—No lo sé.

—Quieres serlo, ¿no?

—Sería interesante. —Amy ensanchó una sonrisa.

—¿Solo *interesante*? —le preguntó Parker, apresando entre sus dientes el labio inferior de ella—. ¿Qué puedo hacer para que el adjetivo sea un poco más entusiasta?

—Quizá lo que llevamos posponiendo hacer desde que todo esto empezó —bromeó Amy, tratando de quitar hierro al asunto. Ella era la primera en ser consciente de que, si de Parker hubiera dependido, el asunto del sexo se habría resuelto algún tiempo atrás.

—¿Hablas de lo que yo creo? ¿Estás segura de que te apetece?

—Parker, te puedo asegurar que me apetece desde hace mucho, muchísimo tiempo. Es solo que... no quería hacerlo hasta que esto fuera, no sé, algo serio.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Amy?

—Sí que puedes... La respuesta es no, Parker. No soy virgen —respondió ella, anticipándose a su pregunta y sonriéndole con cierta amargura—. Pero hace años que no estoy con nadie. Ni siquiera soy la misma persona que era entonces.

—Ven aquí.

Parker apretó las nalgas de Amy para acercarla a su entrepierna, hasta dejarle claro cuánto la deseaba. Acercó sus labios a los de ella y exploró con la lengua cada rincón de su boca. Se sorprendió un poco cuando las manos de Amy desabrocharon los botones de sus vaqueros, pero no tardó en reponerse y seguir el mismo camino. Con unas patadas casi idénticas, se deshicieron de sus respectivos pantalones. Parker se llevó la mano al cuello de su camiseta y, más que quitársela, se la arrancó. Se postró de rodillas ante ella y comenzó a lamerle el vientre. Amy aprovechó la tregua para despojarse de la sudadera, la camiseta y el sujetador. Parker hizo bajar poco a poco sus bragas, deslizándolas piernas abajo, e introdujo un dedo entre los húmedos rizos

rubios que encontró debajo. La escuchó gemir, él jadeó, y esa sinfonía de sonidos los empujó a ambos hasta la cama. Las pocas barreras textiles que aún los separaban cayeron por el camino. Parker se tumbó encima de ella, apoyado sobre sus antebrazos. Amy observó los tatuajes de sus bíceps tensándose y supo que alguna neurona se le había licuado de puro placer.

—¿Estás segura? —La voz ronca que emitió lo sorprendió hasta a él.

—Si te dijera que no, ¿qué harías? —le preguntó Amy con un tono algo burlón.

—Pararía. Y, después, me moriría.

Se rieron. Él trasteó en el cajón superior de su mesilla y sacó un preservativo. Se lo puso con una velocidad que lo asustó hasta a él y tanteó la entrada de ella con la punta de su miembro.

—Hazlo ya. O seré yo quien me muera —suplicó Amy entre jadeos.

Cuando Parker la penetró, ella sintió un pinchazo de dolor que tardó una fracción de segundo en ser sustituido por el placer más intenso que podía recordar. Ninguno de los dos podría decir después si aquello duró diez minutos o dos horas. Solo eran capaces de recordar sus cuerpos rozándose, chocando, sintiéndose; sus jadeos acompasados, sus gemidos agónicos; la necesidad contradictoria de prolongarlo eternamente y de llegar cuanto antes al final; los gritos con los que anunciaron un orgasmo simultáneo del que hicieron partícipe a cualquier habitante de aquella casa que no padeciera un problema de audición.

||

—Eres toda una caja de sorpresas. —Parker repasaba con las puntas de sus dedos los trazos negros del tatuaje que había descubierto solo unos minutos antes en la cadera de Amy. Habían compartido un cigarrillo y ahora yacían lánguidos sobre el cubrecama—. ¿Quién es Katie?

—Es mi hermana. Me lo hice cuando nació.

—Es muy bonito. Toda tú eres muy bonita. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. Creo que nunca he estado mejor. ¿Tú?

—Joder, Amy. ¿Cómo quieres que esté? He tocado techo, nena.

VI

Los siguientes meses parecieron minutos para Parker y Amy. Pasaban juntos todo el tiempo que las responsabilidades académicas de ambos, y las laborales de ella, les permitían. Amy vivía en un permanente estado de agotamiento, pero su sonrisa hacía que pareciera siempre relajada. A veces, aún sentía miedo por la facilidad con la que Parker se había hecho con el control de sus sentidos, pero algo le decía que podía confiar ciegamente en él.

Parker, en cambio, no tenía ningún interés en analizar por qué Amy se había introducido bajo cada uno de los poros de su piel, como si se tratase del tatuaje definitivo de su vida. Estaba más preocupado por la comodidad con la que hacía planes de futuro con ella. Hubo muchas conversaciones en aquellos meses en las que Parker esperaba con paciencia la llegada del agobio asociado al compromiso, pero jamás lo vio aparecer. Por el contrario, había decidido ya quedarse en Nueva York en su último *spring break*^[4] universitario. Le había costado semanas de burlas por parte de sus compañeros de fraternidad, que ya se visualizaban rodeados de silicona en una piscina de Florida, pero todo quedó compensado al pasar aquellos días junto a ella. Amy pidió un par de jornadas libres por primera vez en su vida y quiso pasarlas con las dos personas que más quería en el mundo. Ni en el mejor de sus sueños habría podido imaginar que Parker y Katie congeniarían de la manera en que lo hicieron. Casi se sentía tentada a estar celosa de su hermana de cinco años, ya que, cuando ella aparecía en escena, Parker se convertía en su esclavo sin remedio.

Una mañana en que se suspendieron las clases por un apagón en el edificio principal de la facultad, Amy y Parker se refugiaron de la lluvia en la fraternidad de él. Cuando sus padres le propusieron una videoconferencia desde Arizona, él no dudó de que aquella era la ocasión perfecta para presentarles a su chica. Amy se sintió intimidada al principio, pero la alegría que sentían los padres de Parker al verlo feliz y asentado junto a ella se le contagió de inmediato. La invitaron a pasar parte del verano con ellos en su

rancho de las afueras de Phoenix, y ni toda su timidez y su prudencia le impidieron ver la ilusión en las pupilas de su novio.

El fin de curso se acercaba, la primavera amenazaba con llegar a Nueva York, y el calendario iba dejando un recuerdo de meses de películas compartidas, libros leídos a medias, paseos por el campus cuando ya no quedaban apenas estudiantes en él, cenas de jueves, cigarrillos de primera hora de la mañana y noches de amor a contrarreloj.

VII

—¡Saca tu sucia mano de dentro de mis pantalones, Parker Sullivan!

—¿Por qué? Sabes que te apetece tanto como a mí —ronroneó él.

—Porque el profesor va a entrar dentro de cinco minutos, y estamos en la primera fila. ¿La expulsión de la universidad por conducta inmoral te parece suficiente motivo?

—Si no fueras tan remilgada, no estaríamos sentados en la fila de los empollones.

—No tiene nada que ver con remilgos, idiota. Desde las últimas filas, no veo ni la pizarra.

—¿Estás de broma, nena? —Parker se puso serio de repente.

—No, ¿por?

—Vamos fuera.

—¡Parker! —Se rio ella—. La clase está a punto de empezar.

—Que le den por culo a la clase. Ya hicimos ese trabajo infernal, y el profesor hasta nos felicitó. ¡Vámonos!

—¿Qué es eso de que no ves de lejos, Amy? —le preguntó Parker, en cuanto salieron del recinto del campus. Encendió un cigarrillo y le ofreció otro a ella.

—¿Me has sacado de una clase para que te conteste a eso?

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas? —le preguntó ella, burlona.

—No cambies de tema. No eres tan presumida como para no ponerte gafas si las necesitas. No es eso, ¿verdad?

—Nunca he tenido seguro médico. —Amy se encogió de hombros, avergonzada—. Y, en cualquier caso, tampoco tendría dinero para comprármelas.

—Vámonos ahora mismo a solucionar eso. —Parker le tiró de la mano para obligarla a andar.

—¡No! Parker, no voy a aceptar tu dinero.

—Vamos a ver, cariño. —La agarró por las mejillas, le dio un beso fuerte y la obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Cuánto hemos hablado del reparto equitativo de la riqueza mundial?

—Oh, vamos, no me vengas con demagogias.

—Y tú no aproveches cualquier ocasión para un debate. Me pasé tres años gastándome la asignación que me pasan mis padres en alcohol y hierba. No me creo que eso te parezca mejor que todo lo que voy a hacer hoy.

—¿*Todo* lo que vas a hacer hoy?

—Vamos a ir a solucionar tu pequeño problema de visión, y después nos vamos a ir a Harlem.

—¿A Harlem?

—Quiero que me presentes a tu madre.

—¿Seguro?

—Sí. Demos un paso más.

||

Tras un paso rápido por una óptica cercana al campus, Amy llevó a Parker al minúsculo apartamento que compartía con su madre y su hermana. Aunque habían hablado mil veces de las diferencias económicas entre ellos, no pudo evitar sentir algo de vergüenza al enseñarle a Parker el exiguo espacio en el que vivía. Amy compartía con Katie el único dormitorio de la vivienda, mientras que su madre dormía en el sofá del salón, que era poco más que el vestíbulo de la casa, con una pequeña cocina adosada a una de las paredes.

Tras las debidas presentaciones, comieron algo rápido, mientras Michelle, la madre de Amy, se preparaba para ir a trabajar. La charla fue breve, pero todos se sintieron cómodos, y Parker tardó pocos minutos en estar invitado a comer con ellas siempre que quisiera. Katie estaba a punto de salir de la guardería, y ellos decidieron darle una sorpresa.

Parker insistió en que se tomaran el día libre de sus responsabilidades académicas. Quedaba apenas un mes para los exámenes, pero ambos llevaban el curso muy por encima de sus expectativas. Amy aceptó a regañadientes, y él decidió ofrecerles todo aquello que, imaginaba, nunca habían podido disfrutar pese a haberse criado en Nueva York.

Recorrieron Times Square como si fueran una familia de turistas y

dejaron que Katie diera vueltas en la noria de *Toys'R'Us* hasta que se aburríó. Tomaron el metro hasta Coney Island, y Parker las invitó a los abonos para subir a todas las atracciones tantas veces como quisieran. Se embadurnaron la cara de ketchup comiendo perritos y terminaron la tarde, ya de vuelta en Manhattan, subiendo al mirador de la última planta del Rockefeller Center. Parker fotografió mil veces, con Central Park anocheciendo a sus pies, a aquellas hermanas tan diferentes: la melena rubia de Amy parecía casi blanca en comparación con los rizos negros de Katie; la piel nívea de una en contraposición a la tez aceitunada de la otra. Solo compartían sus enormes ojos azules y su adoración mutua. Bueno, mutua y por Parker, ya que Katie no aceptó volver a casa hasta que él la llevó en brazos.

||

—Creo que no voy a poder enamorarme más de ti de lo que lo estoy hoy, Parker Sullivan —le dijo Amy, mientras salían del metro cerca de su apartamento.

—No digas eso. No le pongas límite, Amy Morgan —le susurró él, entre burlón y solemne. En ese momento, Michelle les salió al encuentro, con la intención de coger a Katie y dejarles un rato de intimidad para despedirse.

—No quiero ir aún a dormir, Michelle Jackson —protestó Katie con voz pastosa.

—Perdona, mamá —intervino Amy entre las carcajadas generalizadas—. Hemos estado haciendo el tonto llamándonos por el nombre y apellido, y esta enana —le hizo una carantoña a la niña— aprende rápido.

—Vamos, Katie Morgan, que aún tienes que pasar por la bañera antes de dormir.

El corazón de Amy se saltó un latido mientras escrutaba la cara de Parker. Sabía que antes o después *aquello* podía ocurrir, pero era demasiado irónico que pasara en el que, hasta entonces, había sido el mejor día de su vida. Él pareció quedarse pensando un instante, pero enseguida se despidió de la madre de Amy y de su mejor amiga de cinco años.

En cuanto las perdieron de vista, y ante la incomprensión de Parker, Amy rompió a llorar.

—Eh, eh, nena, ¿qué es lo que ocurre?

—Parker...

—Ha sido un día genial. ¿No te lo has pasado bien?

—Ha sido el mejor día que recuerdo, Parker. Pero yo...

—Nena, tu madre es fantástica, y tu hermana es el otro amor de mi vida.

—Parker confundió sus lágrimas de pánico con la expresión de su emoción ante el paso que habían dado. No tardaría nada en hacer la pregunta que lo sacaría de su error—. Por cierto, hay algo que no entiendo, ¿por qué Katie se apellida como tu padre?

—Parker...

—¿Amy? —Se atisbaba ya una nube a punto de descargar lágrimas sobre el soleado invierno en el que habían pasado los últimos meses.

—No es el apellido de mi padre. Es el mío. Katie... No es mi hermana, Parker. —Amy no fue capaz de articular más palabra. Salió corriendo escaleras arriba, llorando como había creído que jamás volvería a hacerlo.

—Amy...

||

Parker no tuvo capacidad de reacción. Se quedó paralizado en medio de aquella acera de Harlem durante lo que a él le parecieron horas. Cuando fue consciente de lo que Amy le había estado ocultando, de que las locuras adolescentes que ella se había esforzado en olvidar habían dado como resultado a aquella niña de la que había quedado prendado a lo largo de los últimos meses, se dio cuenta también de que estaba algo más que enamorado de ella. Porque ya no le importaba nada más que decirle que le perdonaba su silencio, que no importaba lo que acababa de descubrir, que solo quería estar con ella.

No sirvió de nada. Amy no volvió a responder a sus llamadas ni a sus mensajes. Si hubiera existido una forma de comunicación diferente al email, el SMS, el *whatsapp*, las llamadas o el portero automático de su edificio de Harlem, Parker lo habría probado en aquellos días. Varias veces se aventuró a subir hasta la puerta del apartamento de ella, pero nadie respondía tampoco, pese a que en un par de ocasiones escuchó la voz de Katie a través de los finos tabiques del edificio.

Las clases terminaron, y nadie vio a Amy por el campus en los últimos días del curso. Parker recorrió kilómetros por los pasillos, las aulas, las bibliotecas, el césped en el que los estudiantes recibían los primeros rayos de

un sol que ese año se había hecho de rogar. Un sol que ya no salía para Parker.

El último día del curso, se rindió. No lo hizo por él, lo hizo porque la amaba demasiado. Le envió un SMS, un *whatsapp* y un correo electrónico, todos con el mismo contenido: *«Me voy unos días a Arizona. Solo pasaré por el campus para hacer los exámenes, y no tenemos por qué coincidir en ninguno. Por favor, no pierdas el curso por evitarme. Si quieres hablar, seguiré esperándote el tiempo que necesites»*.

VIII

Amy solo salía de su dormitorio para ir a trabajar, lo cual, con su horario de madrugada en la hamburguesería, la convirtió en una especie de fantasma para su madre y para Katie. A la niña le explicó que estaba un poco enferma, pero que pronto se pondría bien. Sabía que era mentira. Sabía que el tornado que Parker había provocado en sus sentimientos haría que tardara mucho tiempo en sentirse *bien*.

El alma se le desgarraba cada vez que veía una llamada suya o la notificación de un mensaje o un correo electrónico. Nadie en todo el mundo tenía más ganas de verlo, de sentirlo, de perderse en sus ojos verdes. Pero no podía cargarlo con la responsabilidad de sus errores pasados. Ni se atrevía a enfrentarse a él ahora que conocía su secreto y que sabía que ella había estado mintiéndole desde que se conocieron. No quería convertirse en su proyecto benéfico, en la chica pobre que había sido madre adolescente y a la que él podría salvar.

IX

Parker llevaba cuatro días en Arizona sin apenas salir de su cuarto. Sus padres estaban preocupados, pero la intuición les decía que su hijo no se sentiría cómodo hablando con ellos de sus problemas con Amy. Porque a nadie se le escapaba que solo el final de su relación podía ser la causa de que Parker hubiera vuelto a casa de forma inesperada y con un humor tan taciturno.

Mark, el mayor de los cuatro hermanos y el que siempre había estado más unido a Parker, llamó a la puerta de su cuarto y entró sin esperar respuesta. Parker estaba sentado en el ancho alfeizar de la ventana, fumando un cigarrillo que no tenía pinta de ser de los primeros del día.

—¿Me vas a contar de una vez qué cojones te pasa, Park?

—Nada.

—No pienso moverme de aquí hasta que me lo cuentes. —Mark se sentó junto a su hermano y le robó un cigarrillo—. Serás el responsable de que vuelva a fumar.

—¿No tienes algún otro hermano al que tocarle los huevos, Mark?

—Sí. Pero ninguno está hecho una mierda.

—Yo no estoy hecho una mierda —respondió Parker. Su mirada perdida a través de la ventana desmentía con rotundidad sus palabras.

—Vamos, no me obligues a darte una paliza. Desembucha lo que sea que te ha pasado con esa chica. ¿La has cagado?

—Siempre tengo que ser yo el que lo joda todo, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso. ¿Ha sido ella, entonces?

—Tiene una hija, Mark. —Si le preguntaran más tarde, Parker no habría sabido decir de dónde había sacado las fuerzas para contarlo. Quizá, simplemente, su subconsciente había decidido que tenía que echarlo fuera—. Hemos estado meses juntos, creí que lo sabíamos todo el uno del otro, y, de repente, resulta que su supuesta hermana no era tal. Era su hija. ¡Dios! Debí de tenerla a los quince o dieciséis.

—Te cagaste de miedo, ¿no?

—¡No! ¡Joder, Mark! Deja de dar por supuesto que la jodí. Llevo tres semanas intentando hablar con ella. No me responde al teléfono y finge no estar en casa cuando voy a verla. Ni siquiera ha vuelto por la facultad. Lo peor de todo es que va a perder el curso si las cosas siguen así.

—¿La quieres?

—Más de lo que jamás pensé que se podía querer a alguien.

—Joder...

—No me puedo creer haber dicho eso en alto. Habértelo dicho a ti, de hecho. —Parker esbozó una breve sonrisa, la primera en muchos días, y su hermano le echó un brazo por el hombro y lo atrajo hacia él.

—¿Ella sabe todo de ti? ¿No le has ocultado nada?

—Mark... —Parker evitó la mirada de su hermano.

—Eso suponía. Ella ha tenido más cojones que tú, hermano. Habla con ella, sinceraos los dos, y, si ella también te quiere, aún estáis a tiempo de salvarlo.

—¿Que hable con ella? ¡Te estoy diciendo que es imposible localizarla! Lo he intentado por todos los medios y...

—¿Qué?

—No se me había ocurrido utilizar el correo de la universidad. Estoy seguro de que, aunque haya faltado a clase, no ha dejado de consultar el correo académico. Es lo único que me queda por probar. Cruza los dedos.

—¿Vas a contarle todo?

—Sí. —Los ojos de Parker amenazaron con llenarse de lágrimas, pero ya había mostrado suficientes emociones delante de su hermano mayor.

—Ya tienes algo que hacer el resto de la tarde —se despidió Mark, sonriendo—. Y, Park... estoy muy orgulloso de que lo vayas a hacer.

||

De: Parker Sullivan

Para: Amy Morgan

Fecha: 03.05.2015

Asunto: Confesiones

No borres este email, por favor. Sigue leyendo.

He intentado hablar contigo por todos los medios, y este es mi último cartucho, Amy. Estoy desesperado. Te he llamado miles de veces durante todas estas semanas. Lo único que pretendía era hacerte entender que nada va a cambiar en mí por el hecho de saber que Katie es tu hija. Lo único que deseaba era abrazarte y consolarte por lo que debió de suponer para ti hacerte cargo de una responsabilidad tan enorme cuando no eras más que una niña. Estaba en un error, había mucho más trabajo por hacer.

Lo que te ha llevado a alejarte de mí es el miedo a que te rechace por lo que te pasó, ¿verdad, nena? Hace un rato, hablando con mi hermano mayor, entendí que no puedo pretender que tú dejes de estar asustada, cuando yo mismo estoy aterrorizado. Lo he estado desde que te conocí, desde que me enamoré de ti. He tenido pánico a perderte, a que vieras dentro de mí lo que he sido en algún momento de mi vida y a que no quisieras volver a saber nada de mí. A que descubrieras mi secreto, como yo descubrí el tuyo, y no pudieras mirarme de nuevo a los ojos. Así que ahí va el turno de mi confesión:

Al poco tiempo de conocerte, te conté la historia de cómo mi hermano había atropellado a una chica a los dieciséis años, cuando iba pasado de alcohol y porros. Esa historia es rigurosamente cierta, Amy, pero hice un cambio de personajes. Porque soy un cobarde. Y porque soy yo el protagonista de ese cuento de terror.

El veintisiete de noviembre del año 2008, pocas semanas después de cumplir los dieciséis, aprobé el carnet de conducir, y mis padres me regalaron un descapotable, como habían hecho con todos mis hermanos. Mis amigos, que eran igual de descerebrados que yo, me montaron una fiesta en el sótano de uno de ellos. Sus padres no estaban en casa, su hermano vendía hierba en el instituto, habían conseguido comprar alcohol con un carnet falso... Todo apuntaba a una gran fiesta. Estaba muy borracho y bastante fumado cuando me pareció una idea brillante volver a casa conduciendo mi flamante coche nuevo. Iba rápido y me salté un paso de peatones. Lo único que recuerdo, y ojalá pudiera llegar a olvidarlo algún día, es el cuerpo de una chica de catorce años volando por encima del capó del coche. La casualidad quiso que mi hermano Preston anduviera cerca. Él llamó a mi padre, y el resto ya lo sabes. Pusieron dinero encima de la mesa, movieron todas las influencias del mundo y la historia no llegó a los tribunales ni a la prensa. Estuve más de seis meses sin salir de mi casa, perdí el curso en el

instituto y me convertí en el imbécil que era hasta que te conocí.

Cuando regresé a casa en las vacaciones de Navidad, supe que me habías transformado en alguien diferente. Lo supe porque lo primero que necesité hacer en cuanto puse un pie en Phoenix fue ir a hablar con aquella chica. Mis disculpas llegaron seis años tarde, y ella me lo hizo saber. Me dijo que le había jodido la vida. Me explicó que, cuando me crucé en su camino, su sueño era convertirse en bailarina. Por culpa del accidente, aún ahora tiene algunas dificultades para caminar. Cuando salí de su casa, lloré durante horas y tuve una tentación enorme de no volver a Nueva York. No quería verte, no quería que me vieras, no quería que te enamoraras de alguien que había sido capaz de hacer algo así.

Pero volví. Volví porque me di cuenta de que contigo soy mejor. De que solo tú puedes hacer que olvide durante un rato el horror de lo que hice, y solo tú comprendes por qué odio tanto que el dinero pueda comprar injusticias, en vez de ayudarnos a ser felices, como en la última tarde que pasamos juntos.

Los dos cometimos errores en nuestra adolescencia, Amy. Del mío, quedó una vida truncada y un sentimiento de culpa del que sé que nunca me desharé del todo. Del tuyo, salió una niña preciosa y una mujer fuerte que supo hacerse cargo de ella y cumplir su sueño de llegar a la universidad, pese a todas las dificultades. Yo jodí una vida; tú creaste una vida.

Si no quieres saber nunca más nada de mí por lo que te acabo de contar, lo entenderé. En realidad, llevo todos estos meses preparándome para ello. Pero, por favor, no te mantengas alejada porque ahora sepa que eres madre. Me enamoré de ti porque te admiraba como estudiante, porque me fascinaba tu manera de discutírmelo todo, porque sabía a cuántas dificultades te habías enfrentado para llegar a donde a mí solo me había llevado el dinero de mi padre. Bueno, por todo eso y porque eres preciosa. Ahora que lo sé todo de ti, ya no es solo que esté enamorado de ti. Es que te quiero, Amy. Sí, soy un imbécil y tenía que haberlo dicho antes. Pero es la verdad: te quiero. Te quiero como no sabía que se podía querer.

Hemos vivido más de medio año maravilloso cargando con grandes secretos a nuestras espaldas, y aun así hemos sido felices. Por favor, dame la oportunidad de demostrarte que, ahora que estamos liberados, podemos ser lo que nos proponíamos.

Te quiero. Siempre te querré.

Parker.

||

Parker no se atrevió a albergar ninguna esperanza de que Amy le respondiera. Salió a montar a caballo con Mark por el rancho y agradeció que su hermano respetara su silencio. No se sacaba de la cabeza a Amy, pero sí se había sacado de los hombros el peso del secreto que jamás había compartido con nadie ajeno a su familia.

Cuando abrió el correo de la universidad aquella misma noche, a punto estuvo de salirse el corazón del pecho al descubrir un mensaje de Amy.

De: Amy Morgan

Para: Parker Sullivan

Fecha: 03.05.2015

Asunto: Re: Confesiones

Nos vemos el sábado 30 de mayo, a las ocho en punto de la tarde en la esquina de Union Square con la 14. No hace falta que me lo confirmes, yo estaré allí.

Amy.

X

La intriga de Parker ante la enigmática cita solo podía competir con su ansiedad. Y ambas estaban en un permanente crescendo a medida que veía llegar la fecha señalada. Había hecho sus exámenes, permaneciendo fiel a la promesa de no frecuentar el campus más de lo estrictamente necesario. Dos días antes de aquel sábado que tenía marcado a fuego en su calendario interno, recibió la última calificación. Echó tanto de menos celebrar con Amy la noticia de que había acabado sus estudios de Derecho que les mintió a sus compañeros, contándoles que le faltaban unos créditos necesarios y que todavía no se podía considerar licenciado.

Cuando llegó aquel treinta de mayo que tanto se había hecho esperar, Parker salió del metro en tal estado nervioso que solo la necesidad de localizar a Amy entre la multitud impidió que saliera corriendo. Había deslizado el *piercing* de su labio entre los dientes con tanta frecuencia durante el trayecto en metro que le extrañaba no habérselo arrancado de cuajo.

Al cruzar sus ojos con los de Amy, el recuerdo de por qué estaba loco por ella se hizo más vívido que nunca. Trató de grabar su cara en la mente por si aquella era la última vez que la veía. La notó más delgada, y le hizo daño pensar que su separación podría haberle causado tanto dolor como a él. Llevaba una sudadera azul turquesa, su precioso pelo rubio recogido en una coleta y las gafas de montura de pasta que habían elegido juntos en lo que él recordaba como el último día de su vida. Le sonrió cuando lo tuvo cerca, y él se atrevió a depositar un breve, casi imperceptible, beso en sus labios. Por si aquella fuera la última oportunidad que tendría de hacerlo.

—Me tiene muy intrigado el porqué de quedar aquí —dijo, mirando a la multitud de gente que los rodeaba. Se sintió ridículo por no haber pensado en alguna frase más solemne, pero se tranquilizó cuando ella volvió a sonreírle y le señaló al horizonte.

Parker miró hacia el Hudson y recordó haber escuchado en algún lugar que, dos veces al año, el sol se alinea con el trazado de las principales calles

de Nueva York. En aquel momento, con la mujer de su vida detrás de él, sentada sobre el respaldo de un banco de madera en plena calle, abrazando su cintura desde atrás, dudaba si mirarla a ella o al espectáculo de un sol gigantesco que parecía tocar el asfalto bajo los enormes rascacielos de la ciudad en la que había encontrado la felicidad.

—No sé quién es el padre de Katie —confesó Amy muy cerca de su oído—. Me quedé embarazada a los quince, después de acostarme con la mitad de mi clase del instituto. Era mi forma de intentar encajar. A los trece años, empecé a emborracharme con lo peorcito de mi barrio. A los catorce, ya fumaba y me dejaba meter mano debajo de las gradas de las canchas de baloncesto. Al año siguiente, acabó ocurriendo lo inevitable. Cuando me quedé embarazada, mi madre me mandó a Ohio con sus tíos. La idea era alejarme del barrio, pasar el embarazo tranquila y darla en adopción al nacer, pero, en cuanto la vi, supe que no podría hacerlo. El mismo día en que salí del hospital con ella en brazos, me tatué su nombre para no olvidar nunca que ella es el objetivo por el que lucharé toda mi vida. Se ha criado como si fuera mi hermana, aunque ella sabe que no lo soy. No me llama *mamá*, pero tampoco a mi madre. En cuanto me recuperé del parto, trabajé en todo lo que encontraba. Estudiaba por las noches hasta que me dolía tanto la cabeza que tenía que dejarlo y conseguí graduarme con las mejores calificaciones de mi instituto y una beca para Columbia. Entré en la facultad jurándome que no haría otra cosa que estudiar, y que me mantendría alejada de los hombres, como llevaba los últimos cuatro años. Sobre todo si tenían algo del aspecto de aquellos macarras con los que pasé mi adolescencia. Pero se cruzó en mi camino un chico tatuado al que ya nunca me podré quitar de la cabeza, y todo mi mundo se puso patas arriba. Te quiero, Parker Sullivan. Te quiero más de lo que es lógico querer a alguien.

—¿A pesar de lo que te conté en mi email? —se atrevió a preguntar Parker, dándose la vuelta hacia ella con los ojos humedecidos de unas lágrimas que amenazaban con empezar a caer.

—¿Me quieres tú menos por lo que acabo de contarte? Gracias a tu confesión he sido capaz de explicarte cómo me quedé embarazada. Antes de eso, pensaba que eras perfecto y que no podrías soportar saber que yo fui cómo fui. —Él sonrió con ternura, y a ella le pareció que el espectáculo que tenían delante ya no podía competir con ese gesto—. La última vez que te vi me regalaste el día más feliz de mi vida. Y de la vida de mi hija hasta el

momento. No te importó gastarte dinero en que nosotras fuéramos felices. Cuando leí tu email, no podía dejar de pensar en cómo compensarte. Yo no puedo hacerte grandes regalos, ni comprarte nada. Pero imaginé que nunca habías visto el *Manhattanhenge*^[5] y me di cuenta de que, a veces, las cosas más maravillosas de la vida... sencillamente, no son cosas. Son momentos como este.

—Necesito besarte, Amy —dijo Parker, acariciando con las yemas de sus dedos los labios de ella.

Nadie opuso resistencia, y se besaron durante varios minutos. Acabaron rindiéndose a la obviedad de que nunca quedarían saciados el uno del otro. Recorrieron de la mano las calles de Manhattan, perdiéndose en cada mirada del otro, rompiendo el cómodo silencio solo cuando era imprescindible.

—He acabado la carrera, Amy.

—¡Felicidades! Yo también he aprobado todo.

—Mi padre me ha ofrecido trabajar con él en Arizona —soltó Parker, a bocajarro.

—Ah. —Amy intentó que su cara no dejase entrever el pánico que sentía. No podía volver a perderlo. Otra vez, no.

—Le he dicho que no cuente conmigo.

—¿Por qué?

—Le he explicado que mi vida, si me aceptabas, estaría junto a ti en Nueva York. Acabas de terminar tu primer año en la universidad, así que no quiero presionarte a nada. Pero he venido a Nueva York para quedarme, para pedirte que te cases conmigo y que, si te parece bien, me permitas ser un padre para Katie.

—Parker... —Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas.

—Y soy un imbécil porque ni siquiera tengo un anillo, ni me he arrodillado. ¿Quieres que me arrodille? No sé ni lo que estoy diciendo... — Parker empezó a avergonzarse de sí mismo, al tiempo que la adrenalina dejaba de fluir por su organismo.

—La respuesta a todo lo que has dicho es sí.

—¿Sí?

—¡Claro! He vivido un infierno estas semanas sin ti. No quiero ni imaginarme lo que sería pasar sin ti el resto de mi vida.

—No sería vida, Amy. Simplemente, no sería nuestra vida.

—Quédate conmigo, Parker. Te quiero.

—Yo también te quiero, Amy. Y nuestra vida no ha hecho más que empezar.

Abril Camino

Abril Camino nació en A Coruña en 1980. Su pasión por la literatura la llevó a licenciarse en Filología Hispánica e Inglesa, pero no fue suficiente para saciar su ansia por vivir historias ajenas. Devorar libros de forma incansable se convirtió en la mejor opción, pero un día descubrió que crear ella misma a los personajes y las tramas era aún más divertido. Desde entonces, vive pegada a las teclas de su portátil, dando forma a historias que, en muchas ocasiones, toman vida propia y le dan forma a ella.

En la primavera de 2015, publica su primera novela *Pecado, penitencia y expiación*, una historia de amor y superación que se puede adquirir a través de Amazon. *Parker y Amy: el pasado presente* es su primera incursión tanto en el formato del relato como en el subgénero *new adult*.

www.abrilcamino.com

Facebook: [abrilcamino.oficial](https://www.facebook.com/abrilcamino.oficial)

Twitter: [@abrilcamino](https://twitter.com/abrilcamino)

[1] Barrio de Manhattan, ubicado entre el East River y Central Park. Es el barrio que acoge a los neoyorquinos más adinerados y donde se encuentran algunos de los principales establecimientos de lujo

de la ciudad.

[2] Barrio ubicado al norte de Manhattan y principal asentamiento de la comunidad afroamericana de Nueva York.

[3] Acrónimo en inglés de *White Anglo-Saxon and Protestant* («blanco, anglosajón y protestante»). Es un término de uso común en Estados Unidos para referirse a un grupo cerrado de ciudadanos de alto poder adquisitivo, descendientes de británicos y de religión protestante. Suele asociarse a la defensa de los valores tradicionales.

[4] En inglés, «vacaciones de primavera». Entre los universitarios estadounidenses, se asocia con una semana de intensa actividad sexual y consumo de alcohol.

[5] También conocido como «solsticio de Manhattan», es un evento que ocurre dos veces al año, durante los cuales el Sol, a la hora del ocaso, se alinea en dirección este-oeste con las principales calles del trazado urbano de Manhattan.